

# El despertar de GuÅ-a. NicolÃs Guerra Aguiar

sÃbado, 25 de agosto de 2007

Modificado el domingo, 04 de noviembre de 2007

Por NicolÃs Guerra Aguiar

Si es cierta la afirmaciÃn de que los pueblos tienen lo que se merecen, a la ciudad de GuÅ-a (aquello de "Santa MarÅ-a de GuÅ-a de Gran Canaria" pertenece a los tiempos novÃsimos, los mÃs nuevos) le esperan momentos de esplendor, de placidez y modernizaciones sin romper -como hizo a veces la vecina GÃldar- con sus elementos identificadores.

El despertar de GuÅ-a Por NicolÃs Guerra Aguiar

Si es cierta la afirmaciÃn de que los pueblos tienen lo que se merecen, a la ciudad de GuÅ-a (aquello de "Santa MarÅ-a de GuÅ-a de Gran Canaria" pertenece a los tiempos novÃsimos, los mÃs nuevos) le esperan momentos de esplendor, de placidez y modernizaciones sin romper -como hizo a veces la vecina GÃldar- con sus elementos identificadores. AllÃ en los primeros aÃos de su propio nacimiento -dicen los especialistas que a finales del siglo XV- puede darse como iniciada la que recibirÃ el tÃtulo de ciudad en 1871 y, en las primeras dÃcadas del siglo XX, dominarÃ el monopolio comercial del Norte, sobre todo en lo que a la agricultura se refiere. Prueba de su potencial econÃmico son, por ejemplo, las bellas casonas que ocupan distintas calles principales, sobre todo en torno a la iglesia, en las pendientes de MarquÃs del Muni y la trasera. Pero circunstancias muy distintas -que no entro a analizar en cuanto que estÃn perfectamente estudiadas por el seÃor EstÃvez DomÃnguez- condujeron a aquella ciudad a cerrazones econÃmicas, sociales, culturales y administrativas que la convirtieron en una especie de fortaleza inaccesible, a lo que sin duda contribuyÃ la inexistencia de una clase media con empuje mercantil que impulsara el desarrollo econÃmico al margen de las anquilosadas fortunas de unas cuantas familias mÃs interesadas en la conservaciÃn de sus bienes, sin espÃritus renovadores o inversores. Recuerdo que en los aÃos setenta se decÃa que las fortunas estaban en GuÅ-a, pero las visiones comerciales despertaban en GÃldar: por eso se establecieron en la segunda ciudad los bancos mÃs poderosos, incluso los de segunda fila. Fehaciente prueba de lo que afirmo en ese proceso de anquilosamiento y freno a las adaptaciones que la propia dinÃmica impone estÃ, por ejemplo, en que la vecina GÃldar -carente de aquellos ilustres apellidos, conservadores por su propia condiciÃn- comenzÃ a desarrollar un inicial trÃfico econÃmico muy variado que la llevÃ, al paso de los aÃos, a convertirse en el centro econÃmico del Noroeste, categorÃa que mantiene hoy a pesar de los pesares, a pesar de que tambiÃn fuera abandonada por la CoaliciÃn Canaria que gobiernÃ en el Cabildo a lo largo de los aÃos noventa, Ãnicamente interesada en sus reinos de taifas, en sus monopolios de votos y que marginÃ el arrollador Åmpetu galdense. Pero lo cierto es que, gracias a aquellos nuevos inversores, fue cimentando una nueva clase social -incipiente burguesÅ-a- con ansias de expansiÃn econÃmica y, por tanto, creadora de puestos de trabajo. No hay mÃs que desplazarse cualquier maÃana de un dÃa laborable a ambas ciudades: en la primera, en GuÅ-a, empieza ahora a verse algo de gente, algÃn que otro comercio nuevo que destaca, sobre todo, por la propia novedad de su apariciÃn. En GÃldar, por el contrario, la masa afluye a tiendas, establecimientos, mercado, supermercados, en un continuo ir y venir que a veces agobia, constriÃe, condiciona en cuanto que necesita ya expandirse, abrirse a nuevas zonas, buscar espacios mÃs amplios que coadyuven al desarrollo y, sobre todo, necesita prudentes e inteligentes polÃticas de aparcamientos, de servicios elementales, de racionales perspectivas de quÃ ciudad se quiere legar a los nietos, a quienes la ocupen dentro de cincuenta aÃos. Porque tengo la impresiÃn de que, por el momento, no hay una visiÃn de futuro planificada y estudiada con rigor, que permita su expansiÃn y crecimiento pero de una manera discursiva, planificada, por supuesto que tambiÃn recuperadora del pasado que cientÃficamente es constatable y demostrable, pero sin apasionamientos ni desmesuradas exaltaciones de lo que no tiene rigor histÃrico. Y GÃldar, a diferencia de GuÅ-a, destrozÃ la mayor parte de su propiedad cultural, echÃ por tierra viejas casonas para construir cajones de dos plantas en su lugar, con absoluto menosprecio a todo lo que representaba parte de su propia identidad: ahÃ estÃ, como insultante ejemplo, la vivienda del capitÃn Quesada, figura insigne que en GuÅ-a -estoy seguro- hubiera recibido otro trato mÃs digno y respetuoso. Pues bien: desde hace unos aÃos -con prudente, inteligente y Ãgil parsimonia- GuÅ-a estÃ levantando cabeza, parece que quiere salir del anonimato tras decenios de ensoÃaciones y misticismos que a nada conducÃan. Y lo estÃ haciendo el seÃor BaÃolas BolaÃos (ÃÃos con don Fernando!) quien ha conseguido, al fin, que se hable de GuÅ-a con bastante frecuencia, con mÃs costumbre que hasta hace poco. Y, ademÃs, que se hable bien, de renovaciones, innovaciones, obras, embellecimientos, recuperaciones de nobles edificios en cuyos interiores reposaban -como en forzadas paradas- las minuciosidades y mÃnimos detalles que van haciendo a un pueblo recuperar su personal condiciÃn de tal. GuÅ-a, sin duda, despierta del largo letargo que le habÃan impuesto quizÃs las vacuas tradiciones, los inoperantes anquilosamientos del pasado al que se quiere mantener lejos, muy lejos de los momentos que vivimos. Pero, parece, la luz de la inteligencia y los entendimientos se imponen en aquella ciudad de la que tan gratos recuerdos tengo por los entraÃables amigos guienses (Juan, Eduardo, VÃctor, Amado, Paco, Manolo, Isaac, Santiago?) conocidos en GÃldar, en el colegio Cardenal Cisneros hace, ya, cuarenta aÃos.

FUENTE: artÃculo publicado en el periÃdico La Provincia del 24 de agosto de 2007.